

la representación que se tiene de la sociedad y del hombre. Dichas representaciones subtienden, en un estudio sobre la representación de la justicia, todas las posiciones acerca de la responsabilidad de los actos delictivos y el papel del sistema penal. Por otra parte, en nuestras sociedades, la ideología dominante, nuestras mismas leyes, elaboran un modelo de la sociedad donde se sobrevalúa el papel del individuo. Dichas representaciones se ofrecen a modo de premisas de las que no hacemos sino sacar las conclusiones lógicas. Los juicios de causalidad que resultan de ellas quizá sean erróneos respecto a los datos objetivos —como muestra P. E. Barjonet (1980) acerca de la responsabilidad de los conductores en los accidentes de tráfico—, pero no demuestran en modo alguno la existencia de «sesgos» inherentes a toda forma de pensamiento natural o ingenuo.

D. Conclusión

Al aislar los mecanismos socio-cognitivos que intervienen en el pensamiento social, el estudio de las representaciones sociales ofrece una poderosa alternativa de los modelos de la cognición social. Su alcance en psicología social no se detiene ahí, ya que debido a los lazos que las unen al lenguaje, al universo de lo ideológico, de lo simbólico y de lo imaginario social y debido a su papel dentro de la orientación de las conductas y de las prácticas sociales, las representaciones sociales constituyen objetos cuyo estudio devuelve a esta disciplina sus dimensiones históricas, sociales y culturales. Su teoría debería permitir unificar el enfoque de toda una serie de problemas situados en la intersección de la psicología con otras ciencias sociales.



Mosconi
Psicología Social II
Edit. Paidós

A. Representaciones sociales: una introducción

En una obra aparecida en 1872 y consagrada a los modos de expresión de las emociones, el biólogo Charles Darwin se aplicó a la observación de los fenómenos ligados al encuentro entre dos animales. Un perro se encuentra con un gato, una gallina protege a sus pollitos contra un intruso: Darwin registra cuidadosamente las modificaciones fisiológicas que constata, proporcionándonos un colorido informe de la «conversación de gestos» que se desarrolla ante sus ojos. Señala que estas «actitudes» implican la colocación de todo el cuerpo, la postura, la orientación recíproca de ambos protagonistas, subrayando asimismo que en el hombre es el rostro el que desempeña el papel primordial en la expresión de las emociones. No resulta sorprendente que diversas escuelas psicossociológicas hayan podido sacar provecho de este capítulo de la obra de Darwin, aun cuando las relaciones humanas constituyen fenómenos mucho más complejos. En efecto, su comprensión compete al terreno de la psicología social más que al de la biología.

La particular complejidad de los contactos entre los hombres proviene del papel que en ellos desempeña el lenguaje. «Gesto» perfeccionado, exclusivo de la especie humana, portador de emociones pero también de ideas e imágenes, el lenguaje eleva la comunicación al nivel simbólico. Su privilegiado lugar queda ilustrado por el hecho de que los hombres tan sólo recurren a la comunicación a través de gestos cuando carecen de una lengua común. (Al tener el mismo significado para quien habla y para quien escucha, el lenguaje permite tanto «representar» un objeto ausente o invisible, como evocar el pasado o el futuro, liberando así las relaciones humanas de las limitaciones del espacio tiempo que sufren las otras especies.) Esto es lo que resume E. Goffman, sagaz observador de la escena social, cuando anota: «Numerosos hechos cruciales se sitúan más allá del tiempo y el lugar de la interacción o son disimulados en su interior».

En la mayoría de las sociedades humanas, las personas pasan una gran

parte de su tiempo hablando y quien desee estudiar las representaciones sociales deberá interesarse por el contenido de estas conversaciones que, por otra parte, presentan muy variadas formas. Conversaciones muy formales o charlas de café o en el tren, diálogos telefónicos o parloteo de salón subrayan, por su misma diversidad, el interés que presenta el estudio de la influencia del contexto tanto sobre el contenido como sobre el desarrollo de una conversación. G. Tarde, quien ya a finales del siglo pasado había comprendido la importancia de la comunicación en la reproducción y la transformación de las sociedades humanas, propuso que la psicología social se hiciese cargo sobre todo del estudio comparativo de las conversaciones. No fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial que fue recordada su sugerencia, en Francia, país en el que todo un eje de investigación sobre las representaciones sociales utiliza conversaciones grabadas como material de investigación.

Desde la proposición de Tarde las cosas han evolucionado y, tanto en Francia como en otros países desarrollados, uno de los cambios más espectaculares es sin duda el papel cada vez más determinante de los medios de comunicación de masas en la creación y la difusión de informaciones, opiniones e ideas. Las conversaciones particulares nunca han girado tanto alrededor de acontecimientos de alcance nacional e internacional. Todo esto llevó a S. Moscovici a caracterizar nuestro tiempo como la época por excelencia de las representaciones sociales.

A menudo escuchamos que el arte de la conversación está moribundo y que los responsables de ello son los *mass-media*. Esto equivale a olvidar que es precisamente la comunicación de masas la que al reflejar, crear y transformar las representaciones sociales, ordena la forma y el contenido de las conversaciones. Numerosas representaciones son sociales porque son transmitidas por los medios de comunicación. Esta relación ilustra todo el interés que tiene el análisis del contenido de los medios de comunicación para el estudio de las representaciones sociales. Desde una perspectiva esquemática, nos encontramos ante representaciones sociales cuando los individuos debaten temas de mutuo interés —por otra parte, un gran número de conversaciones abordan temas metafísicos o existenciales— o cuando se hacen eco de los acontecimientos seleccionados como significativos o dignos de interés por quienes controlan los medios de comunicación.

Una vez esbozada así la aparición de las representaciones sociales en la comunicación humana, resulta evidente que éstas trascienden la esfera de las simples opiniones, imágenes y actitudes. Se trata de «sistemas cognitivos que poseen una lógica y un lenguaje particulares... de "teorías", de "ciencias" *sui generis*, destinadas a descubrir la realidad y ordenarla» (Moscovici, 1969). Su función proviene de que son compartidas a nivel de una misma comunidad por lo que se refiere a las «representaciones colectivas», como las religiones y los mitos, a cuyo estudio se dedicó Durkheim, oponiéndolas a las «representaciones individuales» que entran en el campo de la psicología.

Más sociales que estas últimas que son manifestaciones puramente cognitivas, menos globales que los mitos y los fenómenos similares estudiados por antropólogos y sociólogos, las representaciones sociales, en su actual concepción, permiten a los individuos «orientarse en su entorno social y material, y dominarlo» (Moscovici, 1969).

Sesenta años después de Durkheim, el concepto de representación colectiva se convierte en el punto de partida de la investigación sobre las representaciones sociales con la obra de S. Moscovici *La psychanalyse, son image et son public* (1961). Su propósito era mostrar cómo una nueva teoría científica o política es difundida en una cultura determinada, cómo es transformada durante este proceso y cómo cambia a su vez la visión que la gente tiene de sí misma y del mundo en que vive. Como objeto de esta primera investigación, Moscovici eligió el psicoanálisis, teoría nueva sobre el comportamiento humano que había penetrado ampliamente en la sociedad francesa de post-guerra y cuyas trazas debían poderse notar en la vida cotidiana.

Salida de la idea de la realidad que profesa su autor, una nueva teoría científica se convierte, tras ser expuesta, en un componente de la realidad y por esa misma razón, como subraya Moscovici, en un objeto de legítimo interés para la psicología social. Una vez difundida, la teoría se transforma en una representación social autónoma que ya no puede tener gran semejanza —o incluso ninguna— con la teoría original. Algunos pensadores que han dejado una gran huella en el siglo xx, como Darwin, Freud, Marx y Einstein, tenían conciencia del carácter revolucionario de sus ideas, incluso antes de darlas a conocer. Tomemos el ejemplo de Darwin: su viaje a bordo del *Beagle* le permitió reunir el material que le llevaría a revisar las ideas en vigor —esencialmente religiosas— sobre los orígenes del hombre. En vista de las implicaciones de su teoría resultaba evidente que, una vez publicados sus descubrimientos, el mundo ya no podría ser el mismo que antes. Por ello, Darwin dudó largo tiempo, acumulando los elementos de apoyo a sus tesis, y cuando finalmente se decidió a publicar, el peso de las pruebas era tal que, a pesar de su explosiva naturaleza, su teoría fue rápidamente admitida, al menos por los círculos científicos. En *La psychanalyse, son image et son public*, Moscovici recuerda que Freud, al desembarcar en Nueva York a finales del siglo pasado, habría dicho a Jung: «No sospechan que les traemos la peste». Freud, al igual que Darwin, sabía cuáles serían los trastornos culturales que conllevarían sus ideas, una vez aceptadas éstas.

En vista del interés de la elección de una teoría científica como objeto de investigación, el psicoanálisis, por las características ya mencionadas, su amplia difusión entre la comunidad cultural, su novedad, su importancia para comprender el comportamiento humano, resultaba un objeto particularmente bien adaptado. Este no habría sido el caso con el conductismo o, para tomar otro campo, con la teoría de la relatividad. El marxismo, en cambio, representaba una alternativa que Moscovici llegó a considerar. En efecto,

La se hace rep. social u la teoría científica cuando repercute de manera significativa en la soc.

las teorías económicas y políticas, por sus repercusiones sociales inmediatas, garantizan mejor que otras teorías científicas que sus representaciones sociales serán lo suficientemente ricas como para merecer la exploración. Por último, en la distinción que establece Moscovici en *L'âge des foules* (1981) entre las ciencias determinadas por la historia y las ciencias que, una vez puestas en práctica, la determinan (como la economía política y la psicología colectiva), el psicoanálisis se halla emparentado con la segunda categoría. Por su radical carácter innovador, las concepciones de Freud desmoronaban las nociones comunes del sentido común: su teoría del inconsciente constituía un desafío a la opinión que sostenía que el hombre puede adquirir un perfecto conocimiento de sí mismo; su teoría de la sexualidad infantil hacía estallar en pedruzcos el mito de la inocencia de la infancia.

La mayoría de las ciencias de laboratorio no dan a luz tan poderosas representaciones sociales, tal vez porque el laboratorio es esencialmente un dispositivo artificial que permite aislar fenómenos simples, extraídos de su situación en el espacio-tiempo en el seno de un medio cultural determinado.

Desde esta perspectiva, el gabinete del doctor Freud era un lugar mucho menos hermético para la cultura ambiente. En el papel de científico que se había atribuido, Freud respondía a los acontecimientos y problemas que sus clientes traían consigo al gabinete, por lo que no resulta sorprendente que, cuando los resultados de su reflexión fueron hechos públicos, tuviesen un eco en el seno de la comunidad cultural.

En la primera parte de *La psychanalyse, son image et son public*, Moscovici utilizó cuestionarios convencionales para evaluar los conocimientos que tenían diversos sectores de la población francesa sobre el psicoanálisis, su fundador, sus formas y utilidades contemporáneas. En la segunda parte, el método de investigación era menos tradicional, pues se basaba en un análisis de contenido de todos los artículos relacionados de forma directa o indirecta con el psicoanálisis aparecido en 241 periódicos y revistas entre enero de 1952 y julio de 1956. Así, no sólo se realizó un repertorio de la difusión del saber psicoanalítico en diferentes medios socioculturales, sino que también fueron aisladas, ordenadas y analizadas las representaciones sociales que circulaban en la prensa.

B. Naturaleza y variedades de las representaciones sociales

a. Representaciones sociales de salud y enfermedad, y del cuerpo humano

Siguiendo esta tradición de investigación, C. Herzlich (1969) analizó las representaciones sociales de salud y enfermedad. Su estudio se basa en 80 conversaciones no directivas de una duración media de 90 minutos, realiza-

das esencialmente con habitantes de París y con una pequeña muestra de habitantes de pequeñas poblaciones de Normandía.

En la materia, las representaciones sociales son estructuradas con gran claridad. Asociada con uno mismo y a una relación armoniosa con la naturaleza, la salud, desprovista de causas, no requiere explicación: se tiene la suerte de haber nacido con una buena constitución y, por consiguiente, se goza de una salud floreciente. Por el contrario, la enfermedad debe ser explicada. Es atribuida en gran parte al entorno, al carácter artificial del ritmo de vida urbano, a una alimentación «no natural» o malsana y a la contaminación, por oposición a la vida en el campo, como era la del pasado rural de Francia. Pero para atenuar los sombríos colores de este cuadro, la medicina moderna ha realizado progresos y, sobre todo, ha aumentado la longevidad humana. A lo que podría replicarse que, paralelamente, la calidad de la vida se ha deteriorado. Esta es la convicción de las personas interrogadas, que no ven en ello contradicción alguna con el hecho de que ellas no están enfermas. Aquí aparece el papel que desempeñan, en la representación social, las nociones de «malestar», «depresión» y, sobre todo, «fatiga», correspondientes a un estado intermedio entre la salud y la enfermedad: el cuerpo está intoxicado, no se está verdaderamente enfermo, pero tampoco se está bien. En suma, la fatiga, física y nerviosa, ha aumentado con el desarrollo de la vida moderna, al mismo tiempo que se socavaba la resistencia a la enfermedad. En cualquier caso, la salud no es idéntica a la simple ausencia de enfermedad.

Si su representación de la enfermedad se nutre en gran parte de una teoría del «germen» y se percibe que el entorno oculta peligros invisibles, hay que ver en ello la persistente influencia del descubrimiento de los microbios por los bioquímicos franceses del siglo XIX. Por el contrario, la ausencia casi total de una teoría de la enfermedad basada en la culpabilidad, indica que la concepción psicoanalítica que considera que el hombre es la fuente de sus problemas, no ha dejado huellas.

Los habitantes de pequeñas poblaciones, deplorando la invasión del campo por parte de la vida urbana, oponen, al igual que los parisinos, las coacciones de la vida en la ciudad al ritmo natural de la vida rural.

Dichas representaciones pueden explicar algunos fenómenos interesantes, como el éxito que han tenido en los mercados de las grandes ciudades los yogurts y otros «alimentos sanos», que son presentados como «productos naturales», «cultivados biológicamente» y provenientes directamente del campo. Estas mismas representaciones sociales pueden ayudar a comprender la rápida propagación de las ideas ecologistas en las economías tecnológicamente más evolucionadas, y la explotación que de ellas hacen algunos políticos astutos. Los movimientos ecológicos no han inventado los árboles ni las flores, pero han contribuido a su transformación ideológica. Entre otras cosas, la naturaleza ha adquirido una reputación de pureza que, de ahora en adelante, habría que defender contra la contaminación. Es en este contexto que debemos

comprender el violento movimiento que, en los Estados Unidos, ha opuesto el «argumento del veneno» (A. L. Green, citado por Herzlich) a una tentativa administrativa de fluorizar el agua potable. Había que proteger la «pureza del agua». Parece evidente que la tan bien intencionada campaña administrativa debería haber tomado en consideración tanto los argumentos de los dentistas como un estudio de las concepciones comunes de la calidad del medio ambiente. Esto habría permitido no chocar de frente con las representaciones sociales de sensibilidad ecológica que hicieron fracasar el proyecto.

Parece difícil abordar el terreno de la representación social del cuerpo humano (Jodelet, 1976) sin relacionarla con los procedimientos de la medicina occidental que se centra en el tratamiento del cuerpo considerado como objeto físico, en detrimento de su dimensión social. Ahora bien, la idea que la gente tiene de su cuerpo, además de su importante papel social, puede resultar decisiva a nivel clínico.

En sus primeros trabajos, consagrados a la histeria, Freud mostró cómo la parálisis correspondía a la representación que la paciente tenía de su ser físico y no a las concepciones fisiológicas del neurólogo. Así pues, para comprender el síndrome histérico, resultaba necesario integrar la representación social del cuerpo. Llevado por su formación médica a observar visualmente los fenómenos físicos, Freud, al convertirse en clínico, rompe con dicha formación, dedicándose de ahí en adelante a escuchar a sus pacientes. De esta forma se pasó gran parte de su tiempo escuchando a sus pacientes hablar de sí mismos, de sus problemas y de su cuerpo. M. Jahoda (1977) considera que el mayor logro de Freud fue su invención de un lenguaje psicológico sobre el cuerpo humano. De hecho, el psicoanálisis es, para esta autora, una representación psicológica del cuerpo. Es posible relacionar esta caracterización del psicoanálisis hecha por Jahoda con el estudio realizado por Moscovici sobre su difusión en el seno de la cultura francesa: de la misma manera que la representación que tiene el individuo de su propio cuerpo ejerce una influencia sobre sus síntomas clínicos, la ciencia elaborada por Freud para «interpretar» estos síntomas, que en sí misma constituye una representación psicológica del cuerpo, se convierte, una vez extendida dentro de una cultura, en la fuente de nuevas modificaciones en la representación social del cuerpo. Así se desarrolla la dinámica de las representaciones sociales.

En su estudio de la representación social del cuerpo, D. Jodelet relaciona la evolución del pensamiento social con la evolución de la vivencia corporal del individuo. A las transformaciones en la sociedad, como la creciente difusión de los conocimientos biológicos, la ascensión del feminismo, la extensión del interés por el equilibrio físico, el deporte y el regreso a la naturaleza, la franqueza que tiende a dominar el discurso sobre la sexualidad, responden modificaciones a nivel de la representación y, a través de ésta, en la vivencia y las prácticas corporales. Estos cambios, desiguales entre hombres y mujeres, se desprenden del análisis detallado de los temas que abordan, con más

de diez años de intervalo, representantes de ambos sexos a quienes se ha invitado a que hablen sobre el cuerpo. Esta es una interesante aplicación de las ideas de Tarde sobre el estudio comparativo de las conversaciones. En este caso, la dimensión de la comparación es el tiempo.

b. La representación social de la enfermedad mental

En su estudio de las representaciones comunes de salud y enfermedad, Herzlich casi no encontró ninguna referencia espontánea a la enfermedad mental, a excepción de la observación ocasional de que la progresión de esta categoría de enfermedad tan sólo constituye una prueba adicional de la agravación de la fatiga nerviosa en las ciudades modernas.

En el centro de este problema se sitúa el estudio de D. Jodelet sobre una comunidad rural del centro de Francia que, desde principios de este siglo, acoge a enfermos mentales de forma institucionalizada. Basándose en el material recogido durante prolongadas estancias sobre el terreno, esta investigadora ha podido reconstruir la historia del acontecimiento, seguir la constitución y la evolución de una representación específica de la enfermedad mental y explicar la interdependencia entre esta elaboración cognitiva y la adopción de comportamientos completamente concretos. Así, el status de los internos en el seno de la familia, lejos de estar dictado por consideraciones de economía doméstica, hacía de ellos extraños permanentes a fin de evitar el contagio: los internos comían por separado, su ropa era lavada aparte; se alejaba de ellos a los niños pequeños y, si por ventura una chica del pueblo establecía relación con alguno de ellos, ésta era inmediatamente desaprobada. De esta forma, la política aparentemente «ilustrada» de las autoridades sanitarias, dirigida hacia la reinserción, chocaba contra la aparición de un código de discriminación social que sin duda no habían previsto.

c. Representaciones sociales de la infancia

P. Ariès (1962) atrae la atención sobre el hecho de que la categoría de la «infancia» tan sólo se constituye como representación distinta en la sociedad adulta hasta fecha muy reciente, ya que hay que esperar al siglo XIX para observar sus primeras huellas.

La psicóloga M.-J. Chombart de Lauwe (1971) toma el concepto de infancia donde se detiene el historiador Ariès. Explorando biografías, autobiografías, novelas y películas, así como la literatura infantil creada por adultos, como los cómics, ella descubre que la infancia constituye «un mundo diferente». Es un mundo distinto porque no se parece al mundo de los adultos, al que a menudo se opone. Sin embargo, estos mundos imaginarios

de la infancia no son más que la creación de los adultos. Basándose en diversas representaciones del niño, que ella encuentra en los medios de comunicación franceses de nuestra época, Chombart de Lauwe muestra cómo se elabora todo un mito sobre la naturaleza de la infancia. En trabajos más recientes concentra su atención en la concepción que los arquitectos y urbanistas tienen de la infancia, para poner de manifiesto la correspondencia entre sus representaciones y las instalaciones especialmente acondicionadas para los niños en los edificios, complejos arquitectónicos y ciudades que éstos proyectan y construyen.

d. Representaciones sociales de la vida profesional

Herzberg, Mausner y Snyderman (1959) pidieron a varios contables e ingenieros de Pittsburgh (Pensilvania) que les contaran situaciones en las que se sintieran contentos de su trabajo y otras donde, por el contrario, se sintieran descontentos. A continuación analizaron sus relatos a fin de identificar las fuentes de satisfacción y de insatisfacción en el trabajo. Si bien se puede lamentar que Herzberg, cuyo método no recurría a la noción de representación social, se haya conformado con una interpretación puramente causal del material reunido, no obstante, a la luz de las investigaciones francesas, especialmente la de Herzlich sobre la salud y la enfermedad, es posible deducir de su estudio la estructura de las representaciones de la satisfacción en el trabajo. De esta forma vemos que los factores de satisfacción profesionales están relacionados estrechamente a la libertad y a la autonomía en la organización y la realización del trabajo, así como al sentimiento de ser responsable de éstas. Por el contrario, las fuentes de desagrado están menos relacionadas con el contenido del trabajo que con las malas condiciones debidas a las relaciones jerárquicas, al salario, al ruido o a la incomodidad, etc. Herzberg señala que su supresión, aunque reduce el descontento, no aumenta la satisfacción y de ello deduce que estos opuestos aparentes son en realidad de especie diferente. Aquí, la representación está estructurada como en el caso del éxito y el fracaso (Heider, 1958) y como en el caso de la salud y la enfermedad (Herzlich, 1973): de la misma manera que la ausencia de fracaso no equivale al éxito, ni la no-enfermedad a la buena salud, la falta de insatisfacción en el trabajo no tiene nada que ver con la satisfacción profesional.

El trabajo de G. Ichheiser sobre las falsas interpretaciones en las relaciones humanas (1949) puede situarse en la tradición instaurada por Durkheim dentro del estudio de las «representaciones colectivas». Ichheiser constató una notable tendencia a sobreestimar, en nuestra percepción de los demás, los rasgos personales de carácter en detrimento de lo que resulta circunstancial en el comportamiento. Algunas consideraciones similares constituyen la base de los trabajos de Jones y Nisbett (1971) sobre las atribuciones

divergentes que provienen de la diferencia de perspectiva entre actores y observadores. Por su parte, Ichheiser se había expresado en términos de representaciones colectivas: «Estas malas interpretaciones no son errores personales cometidos por personajes importantes, sino la consecuencia normal e inevitable del sistema social y de la ideología del siglo XIX, que nos ha hecho creer que nuestro destino en el espacio social dependía esencialmente, si no es que exclusivamente, de nuestras cualidades personales; que somos nosotros en tanto que individuos, y no las condiciones sociales dominantes, quienes damos forma a nuestras existencias» (Ichheiser, 1943).

La representación colectiva del individuo como responsable de sus propias acciones y, sobre todo de sus éxitos y fracasos, se halla suficientemente bien anclada como para coexistir, durante cierto tiempo, con una realidad que la desmiente aún más que antes. Las observaciones de Ichheiser en unos Estados Unidos aún trastornados por la depresión resultan de una sorprendente modernidad: «La continua existencia de millones de desempleados, las quiebras en avalancha, los cierres de bancos, etc., revelan brutalmente al hombre de la calle que no era, como se le había hecho creer, amo de su destino, sino que evidentemente se hallaba atado a fuerzas sobre las que no tenía poder alguno» (Ichheiser, 1949).

G. Representaciones sociales: ideas y acciones

Las representaciones sociales tienen una doble función: hacer que lo extraño resulte familiar y lo invisible, perceptible. Lo que es desconocido o insólito conlleva una amenaza, ya que no tenemos una categoría en la cual clasificarlo.

El psicoanalista es un ser extraño: es un doctor, pero no prescribe medicamentos. Puesto que se trata de una persona a la que uno viene a confiarse, sin duda era inevitable, debido al pasado católico de Francia, que sea representado como una especie de cura. Lo extraño, asimilado a lo familiar, adquiere un aspecto menos amenazador. En el estudio de Jodelet, los habitantes de la comunidad rural, para situar a sus internos, les llamaban «*bre-dins*», lo que en el dialecto de la región significa «locos».

A diversos grados, una representación social adquiere las características de un icono, configurando así una entidad abstracta. No hace mucho tiempo aún se les inculcaba a los escolares la demostración de la redondez de la tierra. Actualmente, disponemos de una gran cantidad de hermosas fotografías, tomadas desde el espacio, que vienen a materializar este principio.

La penetración de un conocimiento psicoanalítico ha permitido al hombre normal reconocer «complejos» y detectar «lapsus», fenómenos psíquicos integrados desde entonces en la realidad tangible.

Herzlich ha indicado cómo el vago mal-estar de la vida urbana se traducía

en términos de «fatiga» y de «tensión nerviosa». Actualmente, estos estados intermedios entre la salud y la enfermedad son ampliamente reconocidos y quien los invoca puede beneficiarse de parte de la consideración y de la simpatía que se deben por lo general a quienes se hallan enfermos.

Moscovici (1983) comenta la tentativa de la Asociación Psiquiátrica de los Estados Unidos, confrontada con un fenómeno similar, de proscribir el empleo del término genérico «neurosis» para caracterizar a qué desorden nervioso se alude. En efecto, al haber adquirido un carácter familiar dentro del discurso cotidiano, esta palabra ha adquirido una función social, independiente de su acepción médica, que conlleva una comprensión condescendiente para aquel a quien es aplicada. Dicha categoría, ejemplo de la autonomía adquirida por las representaciones sociales una vez extendidas entre el público, no será eliminada de un día para el otro. «Que desaparezca la palabra "neurosis" y que entre en escena la palabra "desorden", este hecho tiene un alcance que va mucho más allá de su simple sentido en una frase o en psiquiatría. Son las relaciones y el pensamiento colectivo los que se ven afectados y cambian» (Moscovici, 1983).

Al igual que la representación de la enfermedad orienta la decisión de consultar a un médico, la representación del cuerpo determina la higiene corporal y las reglas que se observan para mantenerse en buena forma física; la representación social de la infancia de un urbanista influirá sus proyectos de terrenos de juego.

Este estrecho lazo entre representaciones y acciones ha sido objeto de numerosos estudios de laboratorio. Mientras que los trabajos citados hasta ahora han sido realizados sobre el terreno, en contextos sociales determinados, las experiencias que trataremos a continuación han sido llevadas a cabo en el laboratorio, sobre todo en Aix-en-Provence, por J.-C. Abric, J.-P. Codol, C. Flament y otros investigadores.

Estos estudios experimentales, al igual que todas las investigaciones sobre las representaciones sociales, se apoyan sobre la realidad cultural compartida por los sujetos y el experimentador, cuya manifestación más evidente reside en la lengua común. El interés particular de esta experimentación proviene de la posibilidad de crear en el laboratorio situaciones más precisas: mejor delimitadas o más intensas que en la realidad social y, por ende, de ilustrar procesos específicos dentro de la dinámica de las representaciones. Al modificar ciertos aspectos de la situación experimental se pueden introducir cambios en la representación que de ella se hace el sujeto.

De esta forma se han podido descubrir importantes diferencias en el comportamiento, dependiendo de que el adversario en un juego experimental sea presentado como «una máquina» o bien como «un estudiante al igual que usted» (Abric, 1976) o que se juegue contra «el azar» o contra «la naturaleza» (Faucheux y Moscovici, 1968); o bien que la tarea experimental sea descrita como «creativa» o «pragmática» (Abric, 1971), o, en una situa-

ción de grupo, como que exige un procedimiento competitivo o cooperativo (Codol, 1974). Actualmente disponemos de más de un centenar de tales experiencias, que estudian cómo se representa el sujeto los diversos aspectos de la situación experimental, teniendo en cuenta las representaciones que éste trae consigo al laboratorio. Tomadas colectivamente, estas representaciones constituyen una amplia contribución a la ilustración de los procesos que articulan lo individual y lo colectivo, las acciones y las representaciones.

D. Sentido común, explicaciones y representaciones

Durante el transcurso del siglo XIX apareció un interesante cambio en las relaciones entre ciencia y sentido común: «Contrariamente a lo que se creía en el siglo pasado, lejos de ser el antídoto de las representaciones y las ideologías, la ciencia es, en realidad, su fuente» (Moscovici, 1983). El mundo de lo científico se encuentra tan alejado de lo cotidiano que resulta totalmente extraño para el profano. Este último sólo puede tener acceso a este mundo si sus conceptos claves, expresados en símbolos y ecuaciones matemáticas, son traducidos a términos familiares. De este modo se le puede estimular a que piense en los átomos como si fueran bolas de billar.

Algunos descubrimientos científicos pueden tener implicaciones tan poderosas para la humanidad como la explosión de una bomba atómica en medio de un centro de población. Como señalaba Moscovici (1963), Hiroshima y Nagasaki constituyeron un curso acelerado de física nuclear para la mayoría de la humanidad. Para ella resultaba vital adquirir una representación del mundo que integrara la fisión del átomo y el hongo atómico se ha convertido en el icono por excelencia de la era nuclear.

Los sondeos no son un medio adecuado para evaluar el impacto de la ciencia sobre la opinión pública. «No ganamos gran cosa enterándonos de que en Minneapolis tan sólo el 12% de las personas interrogadas relacionaban la fuerza centrífuga con la fuerza de gravedad. Para comprender el impacto de la difusión de los conocimientos científicos y tecnológicos, y los trastornos que esto produce a niveles lingüísticos, intelectuales, culturales y simbólicos, se requieren otros métodos que los empleados normalmente y otros enfoques teóricos» (Moscovici, 1963). Ese otro enfoque teórico es el estudio de las representaciones sociales.

A menudo, la ciencia obtiene sus premisas del sentido común, al que refina en su progresión. En psicología ése es el procedimiento adoptado por Heider (1958): su concepción de la «psicología ingenua» constituyó el punto de partida para la elaboración de una psicología de las relaciones interpersonales. El otro procedimiento para crear una nueva ciencia exige que se rompa claramente con las nociones y la «epistemología» del sentido común, como lo ha hecho, en psicología, el conductismo. Ahora bien, se ha visto que

cuanto más alejada se halle una nueva ciencia de la vida cotidiana, mayor será su necesidad de ser representada para convertirse en saber social.

«Antiguamente, la ciencia se basaba en el sentido común y hacía que éste resultase menos común; pero actualmente el sentido común es la ciencia hecha común» (Moscovici, 1983). En efecto, los diversos «divulgadores» de la ciencia son los modernos equivalentes de aquellos «sabios aficionados» y «observadores curiosos» tan característicos del siglo pasado.

En Gran Bretaña, varias instituciones, cuyo origen se remonta en la mayoría de los casos a la época victoriana, tienen por función esencial transmitir el conocimiento científico al público. Así, la Royal Institution ofrece durante las vacaciones navideñas cursos para escolares; la British Association, durante su conferencia anual en una gran ciudad, «educa» al público sobre el significado de los recientes descubrimientos científicos. Estos encuentros científicos son, por otra parte, ampliamente cubiertos por los medios de comunicación.

Las teorías implícitas de la personalidad y la teoría de la atribución, tratadas en otro capítulo del presente manual, constituyen enfoques esencialmente cognitivos, estrechamente concentrados en el individuo. Estos son los campos de investigación que están de moda, particularmente en la psicología social experimental de los Estados Unidos, mientras que el estudio de las representaciones sociales, que corresponde a una tradición europea y, sobre todo, francesa, es de una naturaleza más explícitamente social.

Ahora bien, numerosas concepciones de Heider, sobre todo aquellas referentes a las atribuciones de éxito y fracaso, se derivan directamente del estudio de Ichheiser sobre la ideología del éxito y el fracaso en el siglo XIX que, a su vez, se sitúa precisamente en la corriente de las «representaciones colectivas» inaugurada por Durkheim. Una grave distorsión de la lógica de las representaciones sociales y colectivas consiste en tratarlas como «desviaciones» o «errores» del funcionamiento cognitivo. Al tiempo que las representaciones sociales ayudan a los individuos a orientarse en su universo social y material, estos mismos individuos constituyen los elementos de las representaciones. No cabe duda de que el sentido que damos a la noción de «individuo» (Lukes, 1973) proviene en gran parte de una «representación colectiva» de la experiencia de los europeos y norteamericanos durante el siglo XIX. Lo que constituye un enfoque mucho más profundamente social que aquellos que privilegian el tratamiento de la información y son los que dominan las tradiciones anglosajonas en psicología experimental.

Los estilos de comportamiento y su representación social

por GABRIEL MUGNY y STAMOS PAPASTAMOU

A. Introducción

Visto a través del prisma de la psicología social, todo comportamiento humano se sitúa en un contexto de interdependencia social: todo comportamiento es al mismo tiempo respuesta y estímulo, en virtud de la reciprocidad (que no implica igualdad) que existe en toda relación, directa o simbólica, entre actores sociales. Cuando expresamos una duda ante una verdad establecida, cuando afirmamos con vehemencia nuestro desacuerdo, cuando abandonamos abruptamente la sala de reunión o cuando emitimos un juicio contradictorio, nuestros comportamientos constituyen otras tantas respuestas que damos en una situación particular: el comportamiento constituye una reacción del organismo que depende tanto del estado del organismo como de la situación que lo provoca. Sin embargo, nuestros comportamientos no pueden carecer de consecuencias para los comportamientos posteriores de nuestros protagonistas: en otros capítulos de este manual, acerca del cambio de actitud, de los procesos de influencia y de la interacción en los grupos, ya se ha podido ver la eficacia social de diversos comportamientos. La cuestión que aquí plantearemos será la de las representaciones sociales suscitadas y movilizadas por diversos comportamientos.

¿En qué se diferencia un enfoque social y cognitivo de otros enfoques? Por lo esencial hay que recordar que este enfoque aporta una explicación radicalmente diferente de las razones por las que un comportamiento o un conjunto de comportamientos tiene una determinada eficacia social. Tomemos el ejemplo de la frecuencia con la que un comportamiento se manifiesta en un actor. Supongamos que un individuo repite sistemáticamente, en toda una serie de situaciones, la misma respuesta. ¿Por qué un observador deberá modificar su propia respuesta a fin de ajustarla a la de su compañero social?

La explicación característica del enfoque de la psicología del comportamiento (social o no) asignará un papel directamente funcional al comportamiento, es decir, este último actúa sobre el otro en forma de estímulo; de